

Menos silencio que capullo

A Natalia, plena
como una lámpara encendida

Ni un ángel, ni un dolor, ni un verso,
ni un río, ni un arpegio, ni un planeta.

Ni indagar en el tiempo o en los libros,
ni auscultar el corazón de los hombres.

Ni el dardo, ni la paz, ni la balanza,
ni un vino añejo, anterior a los huesos.

Ni el hígado arrancarle a la montaña,
ni enrollar otra vez los mil caminos.

Ni el rumbo azaroso de los pájaros,
ni la rama ambigua o la maga amante.

Ni el agua robarle a la clepsidra,
ni el rayo devolverle a la tormenta.

Les pregunté a las cosas el sentido
de ellas y de mí. Estaban mudas.

Nada ni nadie pudo revelarme
ni siquiera una hebra del secreto.

Excepto vos, copa de mar profunda
donde el misterio da vueltas carnero,

se cruza de piernas, se lame el pulgar,
bebe el licor dormido y se emborracha.

Yo era el más ignorante de los hombres.
Ahora soy el más sabio: no sé nada.

Al ver tu panza hallé que una Sibila
habita el corazón de cada rosa.

Alejandro Tloupakis
4to. Año Letras.